

## CAPITULO CLI.

Nuestro embarque con direccion á Panamá en el Vapor Casmanian, cualidades de este buque. desagradable con que hicimos este viaje. Compañeros que tuvimos en él, y amistades que contra- jimos. Nuestra vida y gozes á bordo. Mal tiempo, y peligros que corrimos el quinto dia de navegacion; aspecto que presentaba el mar, la situacion; una tempestad en alta mar; cuadro y descripcion de lo que se presentaba á la vista: momentos de peligro: lo que impidio el naufragio, y perdida completa de vapor. Navegacion tranquila despues: señales de la proximidad de tierra. Nuestra llegada á S. Thomas; restos de los desastres causados por la tempestad; perdidas considerables que ocasiono<sup>s</sup> Corta permanencia en S. Thomas: contento y empleo agradable del tiempo durante el resto de nuestra navegacion: idea que turbaba y amargaba nuestra vida. Jamaica, su bahia, hora de nuestra llegada. cuadro hermoso y aspecto delicioso que todo presentaba á la vista. Nuestro desembarque, y escena que al efectuarlo presenciamos.

Poseidas de la mas viva tristeza y del mas positivo disgusto entramos á bordo del Casmanian

precioso buque de la linea Inglesa que ocupaba uno de los primeros lugares tanto por la calidad de su maquinaria, como por la elegancia de su construccion y la comodidad que prestaba á los viajeros; era este el mejor vapor en que habiamos navegado, mas apesar de esto la navegacion fué monotoná y desagradable. El mar no tenia ya para nosotras la novedad y el encanto de los primeros viajes así es que al embarcarnos de nuevo despues de mas de tres años que habiamos permanecido en Europa con una vida de delicias, y teniendo en prespectiva por otra parte mas de 22 dias de una navegacion continua y penosa nuestro corazon se contristaba y nos sentiamos mas abatidas y contrariadas que nunca.

Al emprender una larga navegacion para Europa, el insentivo de conocer paises nuevos donde todo es bello donde todo nos sorprende y nos fascina, parece que nos dá valor y alentadas con el deseo de conocerlo y verlo todo los disgusto ó incomodidades de la navegacion se hacen menos sensibles cuando se regresa á la patria es tambien menos molesto porque el corazon palpita á la idea de volver al suelo querido de respirar el aire que mecio nuestra cuna, de tornar á ver personas que nos son tan caras y encontrarnos de nuevo en el seno de una familia amada á quien la ausencia y los placeres no nos han hecho ol-

vidar; la esperanza de estos goces tan positivos y tan bellos nos hace soportar con gusto las incomodidades del trancito y pasamos la navegacion llenas de ilusiones y de deseos que pronto se convierten en una realidad, pero el nuevo viage que emprendamos no tenia atractivo; no nos presentaba ninguno de estos incentivos. Abandonabamos las grandiosas capitales de Europa y nos dirigimos á paises muy inferiores á ellas; como hemos dicho, por sucesos políticos nos estaban cerradas las puertas de nuestra patria; no veriamos pues á nuestra amada familia ni á las tiernas amistades de la infancia, y al emprender la larga navegacion, lo haciamos á un país para nosotras enteramente desconocido, donde nada nos llamaba, donde no contabamos con un solo amigo, y donde solo encontraríamos semblantes indiferentes y una sociedad enteramente nueva.

Preocupadas con tan tristes reflexiones emprendimos la marcha bajo un prisma de abatimiento y desagrado: mas pronto se trocaron estos sentimientos, y nuestra navegacion á bordo del Casmaniam fué quizas una de las mas alegres que hemos tenido.

El vapor levantó el ancla á las 8 de la noche y cuando á la mañana siguiente subimos sobre cubierta, habiamos ya perdido de vista las Costas Europeas, y nos encontrabamos en alta mar ro-

deadas tan solo por todas partes de las saladas aguas del Oceano limitando por doquir con el horizonte, al verlo un suspiro se exalo de nuestro pecho y procurando desechar las lugebres ideas que nos preocupaban, comensamos á examinar los compañeros de viage que la mayor parte eran de america ó de España, y esto nos agrado sobre manera, porque asi formariamos pronto una amistad estrecha lo que contribuiria á hacer la navegacion algun tanto agradable.

En estas travecias se forman muy pronto amistades y como habita uno bajo el mismo techo, corre los mismos peligros, y la mayor parte del dia están todos reunidos; esas amistades se estrechan en muy poco tiempo, y son mucho mas sinceras que las que formamos en tierra; ademas el caracter de nuestros paises se presta mucho á la intimidad y hay cierta secreta simpatía que une siempre á los individuos de una misma raza, que tienen el mismo idioma y las mismas costumbres.

Entre los americanos que venian á bordo, distinguianse una familia de Nicaragua que regresaba á su país; era esta la familia Chamorro que ha sido siempre una de las mas notables de aquel país; habia en ellas dos jovenes con extremo simpaticas, una viudita que las acompañaba y una joven española que viajaba con ellas y debia reu-

nirse en Nicaragua con su esposo allí establecido; con estas jóvenes mas que con ninguno estrechamos nuestra amistad, y esta se volvió tan íntima y verdadera, que pronto el mas sólido cariño ligó nuestros corazones; y el trato amable y fino de ellas, su esquisita educacion, la delicadesa de sus sentimientos y la simpatia que respiraban en toda su persona, se ganaron por completo nuestro corazón y ellas por su parte nos tomaron un cariño tan fuerte y tan sincero, que parecia que nuestra amistad databa desde la cuna y que nunca nos habiamos separado: la mayor parte del dia lo pasabamos juntas ó bien sobre cubierta, ó bien en el salon de las señoras; allí nos haciamos nuestras mutuas confianzas, leiamos juntas y se nos pasaban sin sentir las horas y los dias.

La navegacion á bordo del *Casmaniam*, fué de las mas largas que hemos hecho, y nuestra vida era casi la misma que la que habiamos guardado en las navegaciones anteriores: diariamente nos levantabamos muy temprano é ibamos sobre cubierta á respirar el puro ambiente de la mañana y á gozar de la salida del sol tan bella en la inmensidad del oceano: el resto del dia lo pasabamos ó bien al lado de nuestras amigas haciendo alguna labor, ó entretenidas en dulces conversaciones, ó bien en animada tertulia con los muchos jóvenes que hacian el viaje con noso-

tras; á ratos jugabamos ó subiamos á pasearnos con ellos sobre cubierta; otros momentos en que deseabamos la soledad, nos retirabamos á nuestros camarotes y allí tomabamos algun libro, ó nos entregabamos á nuestros propios pensamientos, en las noches subiamos sobre cubierta y al claro de la Luna en union de nuestras tiernas amigas y rodeadas por todos los jóvenes pasabamos hasta las 10 entregadas á gratas conversaciones; casi siempre entonabamos gratas canciones ó bien jugabamos juegos de prendas, y algunas noches nos poniamos á bailar al dulce acorde de algunos instrumentos que tocaban los mismos pasajeros; así se deslizaba el tiempo y la navegacion era para nosotras grata y agradable.

El mareo nos habia molestado tan solo los primeros dias, y el resto lo habiamos hecho perfectamente bien y contentas.

Como al quinto dia de nuestra travecia; á eso de las 5 de la tarde comenzo á levantarse un viento fuerte y amenasador; nos hallabamos sobre cubierta y nos sobrecojió el aspecto terrible que en aquellos momentos presentaba la mar: sus aguas poco ántes tranquilas comenzaron á agitarse en descompasado movimiento; poco á poco adquirieron un color oscuro hasta presentarsenos como un mar de tinta, y sus encrespadas olas agitadas por el viento se levantaban á una

inmensa altura precipitandose en seguida en el abismo con gran fracaso, arrojando al sumergirse torrentes de blanca espuma: el Cielo estaba encapotado, no se descubria un solo punto azul en el firmamento y alla en lotamanza veiamos mil y mil rayos que á cada instante brillaban en el espacio iluminando ese cielo tempestuoso y esa mar en desecha borrasca.

El capitan y demás empleados, iban y venian con mucha agitacion; ya con sus grandes anteojos examinaban el horizonte, ya se dirigian al timon, ya tomaban la altura en que nos hallabamos, y daban y repetian sus órdenes; los marineros descalzos se apresuraban á ejecutarlas, y el movimiento que se notaba en el vapor, y la agitacion y la angustia que se retrataba en el semblante del capitan, era la señal mas inequívoca del peligro que nos amenazaba: poco á poco la tempestad se acercó á nosotros; el viento se desencadenó con mas fuerza mugiendo entre las olas, que bramaban con terrible furor; los rayos cruzaban á cada instante por el firmamento y los veiamos precipitarse sin cesar en el Océano cual serpientes de fuego; el trueno con su acento amenazador heria de continuo nuestros oídos, helando nuestro corazon de espanto y de terror! .....

Nada es mas bello é imponente que una tempestad en alta mar; ella tiene una secreta atrac-

cion que nos fascina: al contemplarla, olvidamos por un instante el peligro que nos amenaza y solo podemos admirar el espectáculo grandioso que se estiende ante nosotros: ¡Cuando vemos levantarse las olas hasta unirse con el cielo y precipitarse despues cual terrible cascada en el abismo! ¡Cuando arrastradas por ellas nos sentimos elevar á esa altura y caer con terrible velocidad; se hiela nuestro corazon de espanto! Cuando vemos llover los rayos sobre nosotras, y desprenderse la lluvia á torrentes sobre nuestra cabeza. ¡Cuando nos sentimos como sumergidas en el seno de las aguas; y vemos las olas pasearse sobre la cubierta del buque, y sentimos el terrible estallido del trueno, el amenazante bramido de las aguas y el mugido aterrador del viento; comprendemos entonces algo de lo espantoso que nos rodea; pero fascinadas como por un sueño, contemplamos extasiadas aquel espectáculo nunca justamente ponderado que nos encanta y nos atrae; y olvidamos los peligros que nos rodean; y parece que despreciamos la muerte que se pasea sobre nuestras cabezas, y que se abre á nuestros piés!..... ¡extrañas sensaciones las que agitan en ese instante el corazon del hombre!..... ¡Temerario arrojio que nos hace desafiar los peligros y la muerte!

En esta especie de delirio ó fascinacion nos

encontrábamos, cuando ya á la caída de la tarde vimos desencadenarse aquella espantosa tormenta: por largo tiempo solo pudimos contemplar admiradas el mágico pero imponente espectáculo que se ostentaba ante nosotras. Pero pronto el agua que caía á torrentes, las olas que sin cesar nos bañaban, y el movimiento espantoso del buque, nos hizo bajar de la cubierta y volver á la realidad de la vida; entonces palpamos el peligro que nos rodeaba y la muerte terrible que nos amenazaba: nuestro corazón se heló de espanto, y en unión de nuestras compañeras nos postramos todas á implorar la protección del cielo.

Cuando terminó nuestra plegaria estábamos mas tranquilas, cierta especie de resignación ó de esperanza se habia amparado de nosotras, y en tan críticos momentos nos arrojamos confiadas en los brazos del Eterno, seguras de que no nos abandonaría en aquel peligro terrible.

La noche habia entrado ya, y la tormenta era á cada instante mas espantosa: teníamos que luchar contra el viento y contra la corriente, y toda la potencia de la máquina, era impotente para vencer los elementos desencadenados contra nosotros; en vano querian los pasajeros subir sobre cubierta para observar lo que habia, la fuerza del viento los impelia dentro del vapor y un desgraciado que quiso desafiarlo, pagó con su

vida el arrojo temerario. Solo los marineros descalzos con su capitán á la cabeza, afrontaban el peligro cumpliendo su deber sagrado: cuatro de ellos amarrados con gruesos cables dirigian el timón única manobra que les era permitida; los otros fuertemente asidos entre sí para resistir á la tormenta, esperaban las órdenes del capitán que se hallaba preso de una inquietud terrible, de una angustia mortal: las velas todas habian sido recojidas, los palos desmontados y acostados sobre cubierta; la máquina: luchaba contra la tormenta, pero era esta tan fuerte, que aquel vapor que caminaba siempre de 14 á 16 millas por hora, hacia solo entonces con toda la fuerza de su máquina, una milla ó milla y media; el peligro no podia ser mayor ni mas inminente, ni la tormenta mas terrible, nosotras reunidas todas en el salón estábamos sentadas en el suelo y fuertemente asidas á los fierros del barandal del buque para poder resistir al movimiento; al principio que nos sentamos en sillas, rodamos de una á otra parte y nos convencimos de que era imposible resistir de esta manera al ímpetu y movimiento que nos sacudia: en todos los semblantes se pintaba el dolor y el espanto y en algunos la desesperación; en otros como en los nuestros, una triste y amarga conformidad; todas las mentes se elevaban al cielo,